

casos favorables, sus archivos quedaron enterrados bajo el barro de los siglos, hasta que la mano de los arqueólogos sacara a la luz el arcón de su documentación y en 1952 un joven inglés, Michael Ventris, hallara su llave, que nos permitirá hacer hablar a cuantos documentos puedan poner en nuestras manos las futuras excavaciones" (p. 216).

Como espero haber mostrado en las líneas anteriores, el libro es ágil, interesante y bien documentado. Para muchos, como en mi caso, puede resultar inclusive apasionante. Felicidades a los autores, por su acierto.

Silvia AQUINO

DIHLE, Albrecht, *Die griechische und lateinische Literatur der Kaiserzeit* (von Augustus bis Iustinian). Verlag C. H. Beck, München, 1989, 651 págs.

"En las siguientes páginas", comienza el libro, "se emprende el ensayo que el autor anunció en el prólogo de su *Historia de la literatura griega* (hasta el tiempo de Augusto)". Mediante este título se hace referencia al trabajo del mismo autor, titulado *Griechische Literaturgeschichte*, publicado por la editorial Kröner en Stuttgart, 1967. Estas dos Historias, la de la literatura griega y la de la literatura latina y griega de la época imperial (desde Augusto hasta Justiniano) tienen mucho en común; no es, por tanto, nada casual el que los prólogos comiencen en forma casi idéntica: "En las siguientes páginas", se decía en 1967, "se emprenderá el ensayo de presentar las manifestaciones más importantes de la literatura griega, desde sus principios hasta la época de Augusto".

En realidad, la promesa de una Literatura de la época imperial no parece estar hecha tan claramente en el prólogo, como en el epílogo, que comienza con las palabras siguientes: "Terminamos esta presentación de la Historia de la literatura griega con el comienzo de la época de Augusto, en la segunda

mitad del siglo I antes de Cristo. El mundo marcado por la civilización y por la lengua griega, que se extendía desde Sicilia hasta Egipto y Mesopotamia, y hacía valer su influjo cultural hasta India y España, formó en adelante, en su totalidad, una parte del imperio romano. Progresivamente unificante, pero bilingüe hasta finales de la antigüedad, la cultura de la época imperial romana quedó fuertemente determinada durante los cien primeros años por el componente latino, y ello, precisamente en el campo de la literatura. Ello fue una consecuencia del profundo agotamiento en que se hundió el Oriente a causa de la prolongada agonía del sistema estatal helenístico, y a causa del inmisericorde comportamiento económico del conquistador romano. Sin embargo, ya a finales del siglo I después de Cristo, este agotamiento había sido superado, y el Oriente, apoyado en su potencial económico y cultural incomparablemente poderoso, tomó el liderazgo espiritual, económico y finalmente también el político dentro del imperio romano. El cristianismo, que como nuevo poder histórico trasladó la idea del estado romano a la Edad Media, obtuvo en Oriente, de la filosofía griega, su cuño definitivo, e inició a partir de ahí su marcha triunfal.

“Por consiguiente, la literatura griega de la época imperial —rica y, comparándola con la helenística, mucho mejor conservada— no es simplemente literatura griega en el sentido de las épocas anteriores, sino la parte griega de una literatura del imperio romano escrita en dos lenguas culturales”.

Más adelante, en la página 423, termina el epílogo: “Precisamente por esta estrecha relación de la literatura imperial con las circunstancias de un imperio bilingüe, sólo con grandes reservas puede uno ordenar sus dos partes constitutivas en dos distintas y exclusivas Historias de la literatura: la de la literatura griega y la de la literatura latina. Así pues, este libro debe completarse con una exposición de la literatura bilingüe de la época imperial”.

Probablemente en el curso de esta reseña habrá que volver sobre esta idea; ella es la clave —a mi modo de ver, única y original— que da unidad a este extenso y, a la vez, pequeño

volumen: extenso, por sus 651 páginas de 22 x 14 cms; pequeño, si se considera su afán de dar cuentas de siete siglos de literatura bilingüe. Antes de ello, parece necesario regresar al principio de estas líneas. Esta *Historia de la literatura griega y romana* tiene mucho en común con la *Historia de la literatura griega* del mismo autor. De aquélla, que es el trabajo que aquí se reseña, puede decirse lo que se decía de ésta en 1967: "El libro se presenta como Historia de la literatura en un sentido convencional. Se trata de examinar las condiciones históricas bajo las cuales se descubrieron y realizaron ciertas posibilidades de comunicación lingüística y literaria; se trata de entender el surgimiento, desarrollo y repercusión de formas literarias. Desde este objetivo se aclara el esfuerzo de considerar las obras de arte literarias en contexto, íntimo en lo posible, con las circunstancias históricas generales".

Albrecht Dihle piensa que el tratamiento más general que se da a la literatura —habla de la literatura griega, pero sin duda también diría lo mismo de la latina— obedece a una tradición humanística surgida en la época imperial y canonizada en los siglos xv y xvi durante el renacimiento, y que este tratamiento suele, en general, aislar las obras artísticas de la literatura; es decir, considerarlas sin tener en cuenta las condiciones históricas y culturales que las hicieron posibles. En esa perspectiva, las obras literarias aparecen como testimonios de algún determinado valor moral o estético, donde lo histórico puede ser interesante, pero no importante para su valoración. Con base en este procedimiento humanístico, uno puede ocuparse, por ejemplo, en una tragedia de Sófocles, y alcanzar perspectivas de tipo estético o moral válidas en tanto que suministran a la capacidad de juicio del estudioso nuevas categorías o mayor intensidad, ya que lo hacen más hábil en el dominio de tareas intelectuales. Sin embargo, y esto apenas a partir del siglo pasado, se ha visto claro que las perspectivas ganadas mediante este tratamiento y las consecuencias que de ahí salen para la esencia de la tragedia son válidas en ese sentido, pero a veces tienen muy poco que ver con lo que signi-

ficaba la tragedia del siglo v antes de Cristo, o con lo que tenía que significar de acuerdo con la intención del poeta.

Es necesario, por tanto, para llegar con seriedad a los fundamentos de nuestra propia civilización, reconsiderar la literatura en cada una de sus manifestaciones a la luz no sólo de esta tradición humanística, sino de los nuevos datos que nos proporcionan las investigaciones históricas. Hay que tomar en serio la tradición que se remite a los autores y obras que uno investiga, y saber formular preguntas en el sentido de ella, pero también hay que sentirse preparado para cuestionar, corregir o modificar, con base en las perspectivas que uno ha ganado a partir de otros puntos de vista, las valoraciones tradicionales desde donde uno partió.

Esta perspectiva o concepción de la Literatura es la base en los dos trabajos del autor: obras y géneros literarios no surgen casualmente en una época determinada, sino que son productos de ella e intentan responder y hablar a los destinatarios de esa época. Al final de cada autor o, a veces, de cada obra, Albrecht Dihle hace valoraciones estilísticas que en ocasiones nos recuerdan a E. Norden en su trabajo *Die antike Kunstprosa*. Su tono, fresco y jovial, deja ver la soltura con que el erudito se mueve en las lenguas y tiempos de Platón y de César. No obstante, y se nos dice bien claro en ambos prólogos, la lectura de estos libros no debe suplir, sino facilitar y motivar la lectura de los autores, ya en el original, ya en sus traducciones.

Lo novedoso de *Die griechische und lateinische Literatur der Kaiserzeit* es, como ya se decía antes, la idea de una literatura única, expresada o escrita en dos idiomas; es decir, durante la época imperial se trata de una literatura que expresa una única cultura que es bilingüe. Sobre ello, valga citar las siguientes palabras del prólogo: "Durante la época imperial, el ámbito lingüístico grecolatino formó una unidad política y cultural, a pesar de todas las diferencias regionales. Sólo posteriormente, más o menos hacia el siglo III, se notaron tendencias que conducían a la formación de fisonomías culturales propias: la del Occidente latino y la del Oriente griego, en

la forma en que se le presentan al observador durante la alta Edad Media. Sin embargo, aún entonces —del tiempo posterior de la antigüedad ni se diga—, hubo influjos recíprocos que fueron profundos. Sin la unidad anterior de todo el ámbito cultural, lograda en la alta edad imperial, ellos difícilmente habrían podido lograr su efecto duradero. Así como la Edad Media latina permanece incomprensible, si uno no ve en su vida espiritual los elementos que tiene del mundo griego —ya sea que los haya tomado a través de una tradición ininterrumpida, o bien recibido posteriormente—, de la misma manera resulta imposible valorar la cultura del imperio bizantino y la de los pueblos europorientales, sus sucesores, sin la herencia romana que vive en ellos”.

A pesar de que en la solapa del libro alguien, quizá el editor, dice que “surge un libro de texto y de lectura que no tiene igual en la historia de la literatura”, el autor simplemente dice que su libro está destinado para una *kursorische Lektüre*; es decir, para una “lectura de corrido”. Por lo demás, este trabajo —y su autor lo dice quizá con humildad exagerada— no debe ser una obra de consulta, ni considerarse como una contribución novedosa y precisa en algún campo específico de la investigación. Para esto, el lector debe recurrir a las publicaciones anuales que dan cuenta exacta, minuciosa y aun ordenada de los nuevos hallazgos. Lo que cuenta, pues, en este trabajo, es la concepción de base que da cuerpo a su visión de la literatura: en general, no es sólo ni fundamentalmente la belleza estética de la literatura, o su valor moral, lo que la hace clásica o clasicista o válida para la cultura occidental, sino su valor de testimonio escrito; se trata de la expresión lingüística de una cultura y de un tiempo que, por consiguiente, sólo se entiende a la luz de ese tiempo y de esa cultura, y sólo bajo esta luz puede comprenderse lo que sus autores querían que entendieran sus destinatarios, y el porqué de sus formas estilísticas. Por lo que toca, en particular, a la literatura de la época imperial, lo que cuenta es, haciendo una síntesis, la idea de considerar una literatura que está escrita en dos idiomas; de otro modo, se trata de consi-

derar o, mejor dicho, de estudiar la literatura, considerándola como el producto de una única cultura bilingüe.

Estamos acostumbrados, por ejemplo, a pensar que, dentro de esta época, el aticismo es algo así como un hecho de generación espontánea que se da en la "literatura griega". Esto es cierto o falso, según lo que uno entienda por "espontáneo". Se trata de un fenómeno que se hace notable en la época de Augusto; una época de engaños y desengaños, de ilusiones y desilusiones, de grandeza así como de aberraciones, paralelismos y contrastes; una época de múltiples consecuencias en prácticamente todos los ámbitos sociales: en la política, en la economía, en la literatura, por citar algunos casos; una época en que el griego y su cultura ya se han filtrado hacia el ámbito romano mediante un proceso que se inicia y se explica durante el helenismo, particularmente a partir de la llegada a Oriente del romano y su política a principios del siglo II antes de Cristo.

La época helenística, con todos sus matices y reservas, puede considerarse en dos periodos: el de los sucesores de Alejandro Magno (s. III a.C.), y el de la presencia romana (s. II y I a.C.). Posiblemente porque en este último periodo hay más diferencias que semejanzas, se suelen distinguir dos partes: en la primera, siglo II antes de Cristo, los romanos llegan a Oriente e implantan las despiadadas prácticas económicas que sumen al sistema helenístico en una economía lamentable; en la segunda, los romanos se consolidan y consuman la anexión del oriente griego, que culmina con la batalla de Accio, el año 31 antes de Cristo. Aquí se da entrada a un nuevo y único imperio, el imperio romano "que dio paz, bienestar y seguridad a los pueblos que estaban alrededor del Mediterráneo, durante siglos, en una escala que desde entonces no ha vuelto a alcanzarse". La depresión en que se sumieron los estados helenísticos a partir del siglo II debe hacernos fácil entender la gran ilusión y entusiasmo con que el Oriente saludó los triunfos y el triunfo definitivo de Octavio. Por lo demás, este triunfo activó el sueño de libertad que vivía la burguesía culta, cuyas ideas políticas, desde el siglo III, "estaban tomadas de la idea

de la *Polis*, es decir, de una comunidad social prehelenística libre, mientras que en realidad, los estados griegos... aun cuando gozaban de una administración ampliamente autónoma, de hecho estuvieron bajo la dependencia del rey”.

Un aspecto interesante de la cultura helenística es el influjo que durante toda esa época tuvieron los ejemplares griegos de los siglos v y iv antes de Cristo en los griegos helenísticos, que la consideraron como algo extraordinario —lo mismo, aunque por otros caminos, le sucederá a la época imperial, con respecto a la literatura latina republicana y augustea—; los helenistas se sentían herederos de una gran tradición literaria, y deseosos de acrecentarla, sobre todo los que se habían asentado en centros culturales donde se hablaba otra u otras lenguas. Al lado de sus actividades científicas, hacen colecciones de clásicos, editan sus obras, aclaran los textos, escriben poesía, sobre todo durante el siglo iii: florece el interés artístico y erudito. A finales del siglo iii y durante el ii, se enrarecen las personalidades que reúnen en sí genio literario y habilidad científica; entonces comienzan a florecer bibliotecas a la manera de la de Alejandría; los grandes filólogos de la época desarrollan métodos de crítica textual y de exégesis gramatical, histórica o estética, en busca de hacer honor a su propia tarea, y una valoración crítica de las obras clásicas. Se hacen ediciones críticas, comentarios y obras de contenido gramatical o biográfico o de antigüedades. Todas estas tareas, que se hacían visibles en ediciones limitadas y de autores selectos para el uso de los colegas y de la escuela —fundamentalmente de la que entonces fue “la escuela”, la de retórica— marcaban una tendencia cuyo gusto literario se orientaba hacia los ejemplares de la antigüedad, a pesar de que en otros terrenos estas sociedades helenísticas eran progresistas y modernas. Todo ello explica la colección de “clásicos” griegos que nos ha llegado. Naturalmente, durante esta época hay corrientes estilísticas o literarias que “conscientemente” buscaban apartarse de la “moda clasicista”; sin embargo, este fenómeno de moda se explica precisamente porque hay una tendencia hacia lo clásico, y ésta explica que, por ejemplo, Hegesias de Magnesia, el mo-

delo de excentricidad barroca para los clasicistas de la época imperial, se considerara a sí mismo como un imitador de Lisias. . . En este contexto y bajo este sentido puede decirse que durante toda la época helenística hay una disposición básica clasicista, una tendencia literaria hacia los modelos clásicos de los siglos v y iv antes de Cristo. La misma tendencia, pero con instrumentos más eficaces y logros incomparables, se impuso en Roma —con sus respectivos “renegados”— a partir del siglo ii, misma que culminó hacia la época de Augusto: a este proceso se le puede llamar helenismo latino, cuyo resultado fue la literatura latina clásica, hermanada en unos aspectos con la literatura griega clásica, y en otros, con el aticismo griego que se impone fundamentalmente, según dejan ver los papiros de Egipto, desde finales del siglo i antes de Cristo, hasta muy entrado el siglo ii y que, a su vez, debe ser hermanado con la literatura imperial posterior a Augusto.

El aticismo, pues, no es algo “espontáneo”; es simplemente la intensificación o victoria —efímera, en cierto sentido, y definitiva, en otros— de los programas educativos o literarios del clasicismo de la época helenística. No se trata simplemente de imitar a los autores de la época clásica en los elementos que pertenecen a los niveles estilísticos más superficiales —tendencias imitativas se dan siempre y en todas partes, y la de imitar así a los autores griegos clásicos nunca estuvo ausente durante el helenismo—; se trata de imponer programáticamente esta tendencia literaria hacia lo clásico y llevarla hasta sus últimas consecuencias, incluso en los elementos estilísticos más sutiles: el uso del optativo, y del vocabulario, por ejemplo, para no hablar ya de sintaxis, cláusulas y ritmos. La causa y éxitos del clasicismo de esta época, que da como resultado el aticismo griego, hay que verlos, por una parte, en la euforia con que los griegos recibieron la llegada de Augusto y, por la otra, en los engaños propagandísticos con que éste acompañó su conquista del mundo griego a fin de ganarse las simpatías de la alta burguesía: se proclamaba repetidamente la restauración de los estados griegos. Que con engaños semejantes —la restauración de la República— Augusto también haya tenido quie-

tas a las clases conservadoras romanas, no deja de iluminar aquel estado de cosas. En todo caso, la idea no resultaba descabellada del todo: si vienen tiempos que serán como los antiguos (buenos) tiempos, hay que prepararse para esos tiempos, y ello, tanto en el ámbito de la rama latina, como en el de la griega: allá se llama clasicismo latino; aquí, aticismo griego. “El aticismo, como programa educativo que se orientaba hacia la idea de la Atenas antigua, libre, se adecuaba a la política tradicional de los romanos para con las altas clases sociales griegas, e hizo que éstas aparecieran como promotoras de un retorno de los griegos hacia sus mejores tradiciones culturales”.

Que la tendencia clasicista de la época helenística casi queda en las sombras de la praxis literaria, del *koiné* de ese tiempo, es lo más natural. Sin embargo, será mejor que el lector mismo lo descubra y entienda mejor a la luz de las páginas de Albrecht Dihle que, con maestría, amenidad y soltura—paso por alto sus peculiares y sorprendentes construcciones estilísticas alemanas— nos hace recorrer siete siglos de escritura bilingüe. Poesía, prosa, literatura epistolar, investigaciones literarias, filosofía, retórica, historiografía, derecho, ciencias exactas, geografía, medicina, matemáticas y técnica se iluminan bajo la idea de Schlegel; de acuerdo con ella, en la antigüedad clásica, “Arte, costumbres y pueblos están tan íntimamente entretnejidos, que es imposible dividir su conocimiento”.

Profesores y estudiantes de literatura clásica, sobre todo los de la literatura de la época imperial, tienen a su disposición un nuevo instrumento de trabajo ampliamente recomendable por una parte, y por la otra, una perspectiva que invita a éstos, a los estudiantes de la literatura imperial, a no separar tan ingenuamente la literatura latina de la literatura griega de esta época; a los otros, a los estudiantes de la literatura griega, a no considerar la literatura griega de esta época como literatura griega en el sentido de la literatura griega anterior, y a todos, a considerar las obras de la literatura dentro de sus contextos.

Para quienes no está muy familiarizados con la lengua alemana valga, con la venia de quienes se encuentran en otras circunstancias o incluso ya hayan leído el libro, la extensión de estas páginas de reseña que espero les resulten interesantes. Albrecht Dihle ha publicado varios trabajos sobre la antigüedad clásica; de entre ellos cito a continuación los que conozco: *Studien zur griechischen Biographie* (2., durchgesehene Auflage), Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1970; *Der Prolog der "Bacchen" und die antike Überlieferungsphase des Euripide-Textes*, Carl Winter-Universitätsverlag, Heidelberg, 1981; *Antike und Orient* (Gesammelte Aufsätze), hrsg. von Viktor Pöschl und Hubert Petersmann, Carl Winter-Universitätsverlag, Heidelberg, 1984, y finalmente, "Philosophie-Fachwissenschaft - Allgemeinbildung", en: *Entretiens sur l'antiquité classique*, XXXII, (Aspects de la philosophie Hellénistique), p. 185-231, y algunos otros artículos en: Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie*, cf. s.v. Verrius Flaccus, Velleius Paterculus. La *Historia de la literatura griega* (*Griechische Literaturgeschichte*), corregida y aumentada, aparecerá próximamente en la misma casa editorial C.H.Beck. Con su trabajo sobre la literatura imperial, Albrecht Dihle marca una etapa más en su vida académica dedicada a la antigüedad clásica.

Pedro C. TAPIA ZÚÑIGA

MOUTSOPOULOS, Evanghélou, *La musique dans l'oeuvre de Platon*, Paris, Presses Universitaires de France, 1989, 428 págs.

La tesis que se demuestra en la obra que comentamos es que, según la doctrina de Platón, a través de la música es posible tener acceso "a un nivel supremo de abstracción metafísica".

En ese aspecto E. Moutsopoulos se filia en un tópico tradicional ya abordado, entre otros estudiosos, por P. Boyancé (*Le*